

Estado y perspectivas del libro hoy

El mundo editorial y sus servidumbres

Raúl Herrero

Una editorial pequeña que desea editar buena literatura debe estar dispuesta a emprender caminos y batallas imposibles.



La distancia que separa a una editorial pequeña, o micro editorial, de una gran editorial, o de una empresa que publica libros insertada en un entramado empresarial, es semejante a la que existe, en necesidades y objetivos, entre un parado y el presidente del Banco de Santander.

Mientras las editoriales de primer nivel tienen asegurada publicidad, las loas de un grupo próximo de sicarios de la cultura y, en algunos casos, el beneplácito de suplementos culturales de su mismo grupo, los pequeños editores cuentan con escasas posibilidades de visibilidad (sin duda incrementadas en los últimos años por la tecnología y las redes sociales), así como la imposibilidad de repartir cientos de ejemplares de sus títulos para

promocionar sus novedades... Entre otras cuestiones que rondan lo escatológico y que sería inoportuno mencionar en este momento.

“ Tanto la tecnología como la impresión digital facilitan la proliferación de editoriales. ”

Las dificultades en el mundo cultural, al menos en España, siempre han sido numerosas. Una desacertada política de subvenciones intentó paliar esta situación, sin embargo, dicha subvenciones resultaban siempre insuficientes, al tiempo que, a menudo, eran repartidas con cierta animosidad de amiguismo tabernario. La

crisis, bizqueante y consentida, ha incrementado en nuestro país los riesgos de asumir una actividad cultural, ya sea una editorial, una librería, un grupo teatral, una galería de arte o, incluso, aunque este último no siempre responda a una intención lindante con la cultura, un periódico. La escasez de recursos de la población reduce las ventas, algo obvio, por lo que las tiradas menguan al tiempo que los compradores, por tanto, el capital para nuevos títulos desciende. Sin embargo, en este momento, tanto la tecnología como la impresión digital facilitan la proliferación de editoriales, en ocasiones, con la única pretensión de fomentar los escritos de amigos, vecinos y conocidos. Este papel resultaba especialmente necesario en los años

90, cuando las redes sociales no se encontraban del todo desarrolladas y la dictadura de algunos sellos editoriales imperaba cual pistolero en el *Far-West*, en cambio, en este momento, los títulos de pequeñas editoriales se dificultan la visibilidad mutuamente. Esto no sería un problema si los grandes grupos cedieran parte de su poder impuesto a golpe de cheque, algo que no parece muy posible.

Por supuesto, la confusión y el solapamiento de títulos afectan casi siempre a las editoriales modestas. Las que pertenecen a grandes grupos, como ya manifesté anteriormente, carecen de esos problemas. O, al menos, poseen más recursos para hacer presentes sus títulos hasta en la sopa. Y el caso es que, paradójicamente, las editoriales con menos recursos pueden terminar asfixiándose unas a otras, como un millón de peces pequeños en una pecera. Por supuesto, el tiburón siempre cuenta con la posibilidad de comerse a los semejantes que se le antojen apetitosos.

Al hilo del incremento de publicaciones se advierte una proliferación de autores, a menudo, con una difusión local, que deviene en un panorama plagado de glorias de provincias. En ocasiones, alguno de estos autores consigue lanzarse a las procelosas aguas de una gran editorial, lo que parece transformarle en un autor apto para el consumo en todo el territorio de la lengua hispana. Algunos autores persisten en ese primer plano, pero también los hay que regresan tímidamente a los éxitos locales. Por supuesto, todo esto nada tiene que ver con la valía del autor. Pero sí con el poder que ejercen algunos sellos sobre otros. Si esto es bueno, conveniente o innecesario, lo dejo al criterio del conspicuo lector.

Si entendemos el libro como un objeto de consumo, al mismo nivel que una freidora o un automóvil, incurrimos en un grave pecado. Un

pecado bien visto por la sociedad presente que todo lo mercantiliza, pero, no por ello, menos lacerante. Las grandes editoriales han llenado sus puestos directivos de economistas, lo que ha revertido, a grandes rasgos, en un declive de la calidad e incorruptibilidad de la que presumían algunos sellos. El mercado cultural, no solo el del libro, no debe encaminarse como una industria especulativa y de producción al uso, su presencia garantiza un mínimo desarrollo de la cultura, del futuro de un pueblo y de la formación (no solo las empresas destinadas a la formación garantizan la misma, también un ser humano puede jeh, cielos qué sorpresa! formarse a sí mismo bajo la atenta mirada de libros sabiamente buscados o elegidos). De la ignorancia nada obtendremos. Y recuerdo ahora al librero Eutimio Merino que imprimió en una de las paredes de su librería la célebre frase atribuida a Groucho Marx: “Si la cultura le parece cara, pruebe con la ignorancia”, y que también rubricó en las bolsas de su establecimiento: “Leer os hará libres”. Por ese motivo, tanto los gobiernos como el resto de instituciones y parcelas de poder, deberían conceder ciertas licencias y estipendios, así como beneficios fiscales, a los que se ocupan en mantener habitable y viva a la cultura: librerías, editoriales, teatros, compañías, galerías de arte... Mientras en otras parcelas, como la sanidad, se especula y, a menudo, el afán de lucro guía a la vocación, resulta raro, casi inverosímil, que el afán de enriquecerse impulse a un autor, a un artista, a un actor o, incluso, a un pequeño editor. Por supuesto, eso no implica que los que desarrollan tales profesiones vivan en un permanente estado de precariedad, como ahora sucede, ni que las empresas culturales vivan de espaldas a la necesidad de beneficios, pero medirse y vestirse solo por la medida de lo rentable, en estos terrenos suele devenir en productos mediocres.

Existen muchos libros que merecen ser editados, todavía más que merecen ser reeditados, es

probable que pese a lo expuesto anteriormente, la mayoría terminen hallando su camino. Eso constituye lo importante. Y pienso en Manuel Altolaguirre y su esposa Concha Méndez, tantas veces evocados por Antonio Fernández Molina, y en su imprenta portátil, con la que dieron cuerpo a la editorial “Héroe”, imposible mejor nombre para tal empresa, donde aparecieron algunos de los mejores poemarios españoles de la primera mitad del siglo XX. En mi opinión, el camino lo trazan personalidades de esa talla, no cíceros prestamistas que comparecen ante el libro como lo haría ante un sagrario un sacerdote que ha perdido la fe. El gran filósofo, del que el tiempo ha perdido todos sus escritos, Antístenes, también conocido como el “Sócrates loco”, espetó según Diógenes Laercio: “Todas las cosas propias son también ajenas”.

“ El mercado cultural, no solo el del libro, no debe encaminarse como una industria especulativa y de producción al uso (...). ”

Por otro lado, un fantasma recorre no Europa, sino el mundo, el de los libros electrónicos. En mi opinión, una moda que convivirá con el modelo del libro tradicional. Aunque no descarto la posibilidad de un uso fraudulento que dañe más al sector, al igual que ocurrió con la industria musical donde, por cierto, parece que resucitan los vinilos. O una explosión de la burbuja, todavía con muchos interesados en su cría y engorde... Lo único casi seguro es que el libro sobrevivirá si lo humano lo hace. Y pienso en H. G. Wells y en su máquina del tiempo, y en la sociedad que, en esa novela, describe en el año 802.701, es decir, pasado mañana...